

Jean-Luc Nancy

Université de Strasbourg, Francia

Juan Carlos Moreno Romo

Universidad Autónoma de Querétaro, México

## *Introducción*

El que sigue no es el texto de una entrevista sino, más bien, como lo indica su primera línea, el de una conversación filosófica abierta cuyo punto de partida fue el de un muy agradable momento de charla, durante el brindis que la Société Française de Philosophie ofreció, en las instalaciones de la editorial Jules Vrin, de París (las de la *rue Saint-Jacques*), tras la conferencia “*Que faire?*” que Jean-Luc Nancy dictó en el pleno de dicha asociación, en la Sorbona, el 17 de marzo de 2012.

Me encontraba a la sazón llevando a cabo, en la lluviosa ciudad de París (que aquella tarde también se ganó el calificativo), una prolongada estancia de investigación (un año sabático), precisamente en la Sorbona, y buena parte de esa estancia la dediqué a poner al día mi diálogo con Nancy, cuya actividad como conferencista acaso sea ahora más intensa en la capital de su país que en la no tan lluviosa (y sin embargo muy lluviosa, y también muy hermosa) ciudad de Estrasburgo.

Sobre aquella conferencia, ahora publicada en el número de abril y junio de 2012 del *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, tal vez tenga ocasión de escribir algo, más pausada o detenidamente —cual ella lo exige—, en otro momento. Fue una sesión asaz interesante, tanto por la conferencia misma, que fue muy reveladora, como por la escucha y la discusión que hizo de ella aquella docta asamblea, de

\* Primera parte de *El alejamiento infinito. Una conversación filosófica entre Jean-Luc Nancy y Juan Carlos Moreno Romo* (en preparación).

la que lo menos que les puedo decir ahora es que tampoco les resultó fácil el entrar en verdadero diálogo con el pensamiento denso de Jean-Luc Nancy —Mme. Hélène Politis *dixit*—, no obstante el compartir con él, la mayoría de aquellas blancas cabezas, todo un mundo, o toda una serie, singular plural, de mundos, menos alejados del del compañero que les habló, por ejemplo, del '68 que muchos de ellos vivieron, en París o en Estrasburgo, que del mío —o los míos (entre los que ni siquiera se encuentra el '68 mexicano)—, y los nuestros todos en general.

De camino ya al local de la rue Saint-Jacques, Monsieur Didier Deleule, el jovial presidente de aquella prestigiosa asamblea, nos comentaba que la Sociedad Francesa de Filosofía acababa de pagar, con la sesión de esa tarde, una flagrante deuda que tenían con Jean-Luc Nancy y con el general reconocimiento del que éste goza en Francia y en el mundo. Nosotros también, en nuestro propio (y muy soledado) mundo, a lo lejos —o a la distancia, nutrida ciertamente por la relación con él—, tenemos una deuda, y sobre todo una preciosa oportunidad que, si por lo pronto se concreta en el texto que aquí le presentamos al lector, no es sino a la manera de un primer paso, que nos abre un “sentido” —en el sentido de abriarnos un camino— y todo un horizonte de trabajo y de reflexión, y de pensamiento, también singular plural.

Para cuando estas líneas estén a la disposición de sus primeros lectores, impresas en el fino papel de *Open Insight*, y fijadas en el documento en pdf que esta revista pone, generosa, al alcance de quienes la consultan desde diversas partes del mundo, en la muy poco lluviosa ciudad Querétaro (en la que cuando las hay, mucho se agradecen las nubes) estaremos pronto a tener, en la Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Querétaro (en el antiguo colegio de los jesuitas), nuestro V simposio Internacional de Estudios Cruzados sobre la Modernidad “Jean-Luc Nancy: de un pensamiento finito a la adoración”. Y en el marco de ese simposio, la mañana del 13 de febrero de este 2013 (la tarde para él, en Estrasburgo, la mañana-tarde de aquel 13 de febrero de 2013 para quien nos lee pasado ese horizonte, tan cercano ya a nosotros), Jean-Luc Nancy estará presente en nuestro simposio, a la distancia, a través de nuestra sala

de videoconferencias, que se conectará por un precioso par de horas con la de la Universidad de Estrasburgo.

El texto que sigue, que fue concebido y escrito en francés, no tardó en rebasar, con mucho, sus bordes primeros. Para cuando el año sabático concluyó, y mis actividades normales me urgieron en México, a donde por principio de cuentas me tuve que mudar —¡nada menos! (mientras que a Nancy le urgió, por su parte, la llegada del verano y los compromisos que tenía ya programados, obligándonos a ambos a tomarnos un largo receso en nuestro diálogo)—, ya estaban concluidas dos partes del trabajo, de las que ahora publicamos la primera, en traducción y en edición mía, como estaba previsto (el original francés permanece, por lo pronto, inédito), y ya estaba relativamente avanzada una tercera. La segunda parte se detiene en el “alejamiento infinito” que separa al francés del español, y del resto de las lenguas latinas. Y en la tercera era cuestión de trazar un panorama muy amplio del pensamiento contemporáneo, para situar en éste a la deconstrucción (la arrojó, aquí, delante de nosotros; la “proyecto” para que se me vuelva horizonte, y para recordar que debemos/podemos terminarla). Es posible que las adelantemos en revista, pero sobre todo tenemos el proyecto de publicarlas, todas, en forma de libro: *El alejamiento infinito*, se llamará, y esperemos que pronto encuentre, tal vez en ti, o en usted(es), a su lector.

Juan Carlos Moreno Romo

\* \* \* \* \*

*Los autores*

Jean-Luc Nancy es sin duda uno de los filósofos más fecundos, y también uno de los más profundos, y agudos, y lúcidos de nuestro tiempo. Y es ante todo el autor de una obra singular plural en la que nos encontramos con libros de una muy fina y muy compleja tecnicidad, situados en el corazón mismo de los problemas filosóficos más decisivos de nuestra época (*El imperativo categórico*, *La comunidad inoperante*, *De los lugares divinos*, *El olvido de la filosofía*, *La experiencia*

de la libertad, *Un pensamiento finito*, *El Sentido del mundo*, *Ser singular plural*, *La creación del mundo o la mundialización*, *La Declosión (Deconstrucción del cristianismo I)*, *La Adoración (Deconstrucción del cristianismo II)*...); con muy bellos ensayos de comentario o de interpretación de los diferentes géneros de obra de arte, lo mismo que de toda suerte de experiencias de la vida humana (*La ciudad a lo lejos*, *El intruso*, *Visitación (de la pintura cristiana)*, *Noli me tangere*, *A la escucha*, *La evidencia del filme*, *La mirada del retrato*, *Sobre el comercio de los pensamientos*...); con textos de análisis histórico y político de una extraordinaria pertinencia (*El mito nazi*, con Philippe Lacoue-Labarthe, *Política y más allá*, *Crónicas filosóficas*, *Verdad de la democracia*, *Identidad. Fragmentos, franquezas*, *La equivalencia de las catástrofes (Después de Fukushima)*...); con muy originales y muy estimulantes lecturas de los grandes clásicos de la historia de la filosofía y del pensamiento (*Ego sum*, *Hegel*, *la inquietud de lo negativo*, *Maurice Blanchot*, *A más de un título*, *Jacques Derrida*...); e incluso con *petites conférences* o “pequeñas conferencias” hechas verdaderamente para, y con los pequeños (*En el cielo y en la tierra*, *Justo imposible*, *Té quiero un poco, mucho, apasionadamente*, *La belleza*, *Partir-La partida*...).

Juan Carlos Moreno Romo, cuyos trabajos sobre Descartes o sobre Unamuno han encontrado recientemente su lugar en libros como *Descartes vivo* (2007), *Vindicación del cartesianismo radical* (2010), *Unamuno y nosotros* (2011) y *Unamuno, moderno y antimoderno* (2012), es también el autor de una serie de textos sobre el pensamiento de Jean-Luc Nancy, entre los que se cuentan los que acompañan sus traducciones de *Un pensamiento finito* (2002), *Ego sum* (2007), o *El mito nazi* (2002). Su trabajo “El horizonte a lo lejos (con, a propósito y a través de la obra de Jean-Luc Nancy)”, cierra ahora su libro *Filosofía del arrabal* (Anthropos, 2013), buena parte del cual se encuentra atravesado por el diálogo que el autor mantiene con algunos motivos, muy reveladores y estimulantes, del pensamiento de Jean-Luc Nancy.

## *El diálogo o la “exposición”*

JCMR: Gracias, querido amigo, por esta conversación abierta que has tenido la generosidad de aceptar el tenerla conmigo, y con tus ya muy numerosos lectores de lengua española. Antes de volver más detenidamente a tus obras, en conversaciones subsecuentes, en esta primera conversación me gustaría poder aprovechar, de entrada, la oportunidad que he tenido de escucharte en París estas últimas semanas, con ocasión de varias de tus conferencias, presentaciones de libros u otras intervenciones académicas, para que hablemos, por así decirlo, en torno a ellas, e incluso en torno a una sola de ellas, y a su tema central, subrayado estupendamente, en un momento preciso, por uno de sus principales destinatarios. Y de inmediato les pido a nuestros lectores que no se inquieten si todavía no conocen, por lo menos los textos de esas conferencias que seguramente serán publicadas pronto, en francés, y que no tardarán, luego, en ser traducidas al español (llegado el momento, el lector erudito podrá hacer, ciertamente, todas las conexiones pertinentes). Te he vuelto a escuchar, últimamente, con una regularidad parecida a la de la época en la que seguía los últimos seminarios que diste en la Universidad de Estrasburgo, pues, y digamos que me gustaría hacerte ahora, en cierto modo, las preguntas que en estos días pasados no te hice, confiando justamente en la oportunidad que tendría de hacerlo luego, en esta conversación, con más calma.

Lo que te propongo aquí, y a nuestros lectores, más que una reseña o un estudio de los diferentes temas de los que te has ocupado en estas últimas semanas, es una conversación filosófica autónoma, nutrida, eso sí, de lo que esa escucha me ha hecho o me hace pensar, y de lo que tú pienses al respecto, de manera que mis inquietudes y mis curiosidades les sirvan de puente a los lectores de nuestra lengua.

A manera de introducción, entonces, y alejándome, tal vez en demasía, de las formas académicas (pero es para mejor alcanzar lo que de veras cuenta, incluso cuando se recurre a las formas académicas), quisiera comenzar nuestra conversación imitando a

esa pequeña niña que, el 24 de marzo pasado (2012), en el Nuevo Teatro de Montreuil, durante la serie de preguntas y respuestas que siguieron a tu conferencia “Vous désirez?”, te pidió tu opinión sobre la letra de una canción popular.

Nosotros habíamos tenido ya, hará cosa de diez años, un breve intercambio en torno a tu interpretación de la canción “Historia de un amor”. Descubrí entonces, escuchando una emisión especial de France-Culture en la que tú participabas al lado de otros comentaristas de esa canción, que ese bolero del panameño Carlos Eleta Almarán poseía versiones en diversas lenguas, y que esas versiones podían ser el objeto del trabajo de interpretación de la mejor filosofía francesa.

Luego, en mi trabajo “El horizonte a lo lejos”, dedicado a tu obra, abro también, en epígrafe, con unos versos de una canción de Joan Manuel Serrat respecto de la que ahora querría llamar, más detenidamente, tu atención, siempre a propósito de lo que les dijiste a los niños, y también a los adultos que escuchamos tu “pequeña conferencia”. Creo que te va a gustar, la letra [que tú escucharás cantada por el propio Serrat] dice así:

*Puse rumbo al horizonte  
y por nada me detuve,  
ansioso por llegar  
donde las olas salpican las nubes,  
y brindar en primera fila  
con el sol resucitado,  
sentarme en la barandilla  
y ver qué hay del otro lado.*

*Y cuanto más voy p'allá  
más lejos queda,  
cuanto más deprisa voy  
más lejos se va.  
Allí nacen las leyendas  
y se ocultan los secretos  
y se alcanza a dibujar  
con las estrellas en el firmamento.*

*Sueño con encaramarme  
a sus amplios miradores  
para anunciar, si es que vienen,  
tiempos mejores.*

*Y cuanto más voy p'allá  
más lejos queda,  
cuanto más deprisa voy  
más lejos se va.*

*Cuanto más voy p'allá  
más lejos queda,  
cuanto más deprisa voy  
más lejos se va.<sup>1</sup>*

Me gustaría mucho saber qué te parece.

**J-LN:** En primer lugar es una bella canción, que por supuesto yo no conocía, pues conozco muy pocas canciones extranjeras (la canción, salvo la del rock, está bastante encerrada dentro de los límites lingüísticos, a diferencia del canto de la llamada música “culta”). La voz de ese cantor le da una tonalidad justo lo suficientemente tensa, no demasiado; no hay melancolía, y tampoco hay optimismo. No estamos en esa dimensión, estamos en otra parte, en un espacio-tiempo distinto del de los “tiempos mejores” o del de su imposibilidad. Es eso lo que adivinaste que me iba a gustar: el alejamiento infinito del que habla el final *–más lejos se va–* se comprende entre la pérdida siempre renovada y la aproximación, también siempre recomenzada. Estamos en una suerte de delicada suspensión entre esos dos valores del mismo infinito.

JCMR: Me alegra mucho haberte podido dar a conocer, entera, esta canción, y saber además que te gustó. Cuando la revista *Anthropos*, de la editorial del mismo nombre, de Barcelona, me invitó a escribir

1 La canción se titula “El horizonte”, y es parte del álbum *Cada loco con su tema*, de 1983.

un artículo sobre tu obra, para su número 205 (aparecido en agosto de 2004), al preguntarme cómo podría volverle un poco familiar, al lector de lengua española, uno de los motivos para mí más atrayentes de tu pensamiento (ese mismo sobre el que iba a escribir mi trabajo “El horizonte a lo lejos”), de inmediato pensé en esta canción de Joan Manuel Serrat, un trovador barcelonés muy conocido, y muy querido en todos nuestros países, de Argentina a México y de Perú a las Islas Canarias, una especie de Jacques Brel o de Georges Brassens de nuestro lado de los Pirineos, si te parece, o incluso una especie de Leo Ferré, pues ha hecho unas muy bellas, y muy potentes canciones con poemas de Miguel Hernández, Mario Benedetti o Antonio Machado.

Pero, para volver a tu “pequeña conferencia” del otro día, al escuchar la historia que contabas delante de todos esos niños que te escuchaban, encantados, en el teatro de Montreuil, para desplegar y explorar, con ellos y también con nosotros, las diferentes formas del deseo (la historia de Paul que le dijo a su madre, en plena ciudad, que tenía ganas de ir al baño, obligándola a entrar en un café; y sobre el deseo que tuvo de beberse una Coca-Cola una vez que, de regreso del baño, vio que su madre tomaba, justamente, un café; y sobre las niñas, en fin, que él miró en la mesa de al lado, una de las cuales lo miró gentilmente a su vez; e incluso sobre las estrellas, su belleza y su grandeza, ante las que el pequeño Paul sintió una cosa análoga a la que acababa de sentir por la niña que había atraído su mirada), alejándome del relato que hacías, e imaginándome a Paul más bien como a un adulto, me acordé entonces de otra canción de Serrat de la que ya me había ocupado antes, en mi *Revendication de la rationalité* (2004), “La bella y el metro”. Hela aquí:

*Entre el infierno y el cielo,  
galopando entre tinieblas  
de la periferia al centro  
del centro a la periferia,  
el metro.*

*Con ojos de sueño viene  
cruzando la madrugada;  
regresará a medianoche  
con el alma fatigada,  
el metro.*

*Cargando arriba y abajo  
íntimos desconocidos,  
amaneceres y ocasos  
con dirección al olvido.*

*Por sus arterias discurre  
presurosa humanidad,  
el alimento que engorda  
la ciudad.*

*De reojo se miran,  
de lejos se tocan,  
se huelen, se evitan,  
se ignoran, se rozan;  
y en el traqueteo  
del vagón hipnótico  
cada quien se inventa  
la suerte del prójimo.*

*El escritor ve lectores,  
el diputado, carnaza;  
el mosén ve pecadores,  
y yo veo a esa muchacha  
del metro.*

*Los carteristas ven primos,  
los banqueros ven morosos,  
el casero ve inquilinos  
y la pasma, sospechosos  
en el metro.*

*El general ve soldados;  
juanetes, el pedicuro;  
la comadrona, pasado;  
el enterrador, futuro.*

*La bella ve que la miran,  
y el feo ve que no está  
solo en este mundo que  
viene y va.*

*La bella se deja  
mirar mientras mira  
la nada que pasa  
por la ventanilla.  
Distante horizonte  
de cristal de roca,  
ajena y silente  
flor de mi derrota.*

*El revisor ve billetes;  
el sacamuelas ve dientes,  
el carnicero, filetes;  
y la ramera clientes  
en el metro.*

*Los avaros ven mendigos,  
los mendigos ven avaros;  
los caballeros, señoras;  
las señoras, tipos raros  
en el metro.*

*El autor ve personajes,  
el zapatero ve pies;  
el sombrerero, cabezas;  
el peluquero, tupés.*

*Los médicos ven enfermos,  
los camareros, cafés;  
yo sólo la veo a ella:  
la bella, la bella,  
la bella que no me ve.<sup>2</sup>*

2 "La bella y el metro", del álbum *Versos en la boca*, de 2002.

El poeta habla, entonces, de “íntimos desconocidos” que, en el metro, “de reojo se miran, de lejos se tocan, se huelen, se evitan, se ignoran, se rozan...”. Y luego, como si fuese un novelista, hace una descripción muy simpática de quién ve qué. El escritor, por ejemplo, ve lectores; el político ve electores, y así continúa; mientras que el poeta –o el hombre, simplemente– ve a esa mujer que ve que la ven: “La bella se deja / mirar mientras mira / la nada que pasa / por la ventanilla. / Distante horizonte / de cristal de roca, / ajena y silente / flor de mi derrota”... “La bella, / la bella que no me ve”.

**J-LN:** ¡Esa canción me impresiona enormemente! ¡De haberla conocido antes la habría citado con frecuencia! En efecto, a menudo me sirvo, oralmente si no es por escrito, de la imagen de las personas reunidas en el metro, el tranvía, el autobús o el tren –eso que en francés llamamos los *transports en commun*, expresión que puede prestarse a comentarios sobre lo “común”–. Yo creo muy seriamente que la proximidad impersonal, pero cargada de posibilidades, de inminencias de relación, es muy emblemática del *être-ensemble* [estar-juntos/ser-juntos] que es importante, creo, considerar independientemente [*en-deça*: de este lado] de las relaciones propiamente dichas (relaciones sociales, profesionales, jurídicas, afectivas, familiares, amistosas, amorosas, pasionales...). Hay un estrato de pre-relación, si se lo puede decir de ese modo, pero en el que la relación de silueta se esboza como aproximación y alejamiento, atención e indiferencia, etc. –En cuanto a “la bella que se deja mirar”, es otra cosa, es la desviación seductora y/o la seducción como tenida a distancia, rechazo de cumplir la seducción que se cumple como subyugación del otro mantenido a la distancia, manteniéndose a salvo de él [*tenu en respect*] en cierto modo. Tenemos ahí una complejidad muy delicada, que acaso esté en el corazón de toda seducción. Si me extiendo, diré que es toda la cuestión de la distancia en la relación, de la distancia que es cuestión de recorrer y de mantener o más bien de recorrerla de tal modo que el rebasamiento cree él mismo una nueva distancia sin la cual ya no habría nada a lo que uno se debiese acercar... lo que nos devuelve a tu pregunta precedente.

JCMR: Y al horizonte abierto por el otro, entonces, y al alejamiento infinito al que el otro nos invita... A propósito de las relaciones amorosas, de seducción o de pareja, pienso que se podría hablar aquí incluso de ciertas danzas, por ejemplo de las del folclor mexicano –el Jarabe Tapatío, la Bamba...–, o si no de las de la Auvernia, o la Alsacia, o incluso del famoso vals. Pero están también todas las otras relaciones, y ahí también, un poco como en la danza bien danzada... “Ni demasiado lejos ni demasiado cerca”, como decía Pascal, en otro contexto. Y aquí les recuerdo a nuestros lectores que tú has escrito al menos dos libros sobre la danza (*Dehors la danse*, y *Allitérations*, con Mathilde Monnier), y que en tu penúltimo libro, *Dans quels mondes vivons-nous?* (escrito en alternancia con el joven físico Aurélien Barrau), hablas incluso, en cierto modo (y eso a nivel ontológico), de la danza del “Uno” y, en su prolongación o en su alejamiento infinito, del “ritmo” y de la “cadencia de la pluralidad siempre renovada de todos los singulares” (Nancy y Barrau, 2011: p.39).

**J-LN:** Sí... habría que detenerse aquí mucho más largamente... detenerse, o bien danzar. Es decir también pensar. Para mí el pensamiento es una danza: es decir la búsqueda de un arrancarse de un peso y de una victoria con respecto a una resistencia. Podría decirlo en términos husserlianos aunque esé no sea mi registro de referencia: suspender la tesis ingenua, practicar la *epoché* de la posición pesada, inerte, asentada que es posición de la evidencia ordinaria, del hábito, de la convención. Arrancarse, elevarse, vencer la gravedad, no para volar en el sentido de planear, ni en el sentido de recorrer la distancia sino más bien del vuelo inmóvil de la alondra... o mejor todavía, no volar sino danzar, saltar, disponer unos pasos, unos movimientos, unas cadencias con y contra el peso del cuerpo. Así el cuerpo piensa y se hace pensante.

JCMR: Pero acaso no siempre sea posible danzar. En la proximidad impersonal de los transportes en común (“transporte público”, decimos en México), se está a la vez demasiado cerca y demasiado lejos, aunque a veces de una manera indefinida, o inestable y por eso mismo cargada de posibilidades, o de “inminencias de relación”,

como dices tú. Ahora que esas posibilidades o inminencias no se dan sino a condición de que no nos encerremos todos en nosotros mismos, como cuando estamos casi enteramente tomados u ocupados por nuestros propios asuntos. Pero he hecho bien al decir “casi”. La bella que no mira a Serrat, en apariencia está mucho más encerrada en ella misma que, por ejemplo, el banquero que, en los demás, no ve más que a malos pagadores. El poeta, o el hombre que mira a la bella que no lo ve, y que él quisiera que lo viera, ¿no está por su parte acaso demasiado abierto?

**J-LN:** Uno no puede estar demasiado abierto, ya que la abertura no es posible sino por la clausura que la abre. No estoy jugando a las paradojas: una abertura no es una abierta [*beance*] infinita, es un borde, son unos labios que se apartan, es la boca que habla o el ojo, o la oreja, es la fuente que se abre entre dos rocas o en la tierra, es también la boca del vaso, de la jarra, la de la trompeta o del oboe... Y no es un asunto de talla: la boca del pabellón de la tuba o la de un gran desagüe colector no es más generosa o más rica que la de los labios que se apartan apenas para murmurar una palabra o para un beso ligero. La bella que no mira al poeta mira quizás a otra parte, en unos pensamientos, en unos recuerdos o unas esperanzas. O bien no se quiere exponer del todo abierta, obscenamente, quiere marcar su clausura, ésa por la que puede, o podría, o podrá quizás abrirse...

JCMR: Y mientras eso ocurre, si no lo desgarras, ella abre de cualquier manera al poeta, diría Platón, a la belleza misma y a lo que ésta tiene de fecundo. Pero miro, acaso, demasiado lejos. En el metro, para volver a nuestro ejemplo, y en los transportes en común, e incluso en la calle, existe desde hora una nueva forma de estar, que la canción de Serrat no tomó en cuenta. Estoy en París, y me impresiona cruzar aquí todos los días, mucho más que en Querétaro o en México, a personas que, ayudadas por todo tipo de aparatos electrónicos, por así decirlo “se mantienen a distancia.”<sup>3</sup>

3 En Seúl, esa gran ciudad del lejano Oriente que pudimos visitar gracias al XXII Congreso Mundial de Filosofía, en el metro, por ejemplo, los también omnipresentes apa-

Alain Finkelkraut hacía notar que, con el teléfono móvil, algunos usuarios permanecían incluso cada vez más pegados a sus familiares [*proches*] que cuando se encontraban, físicamente, en el espacio público. En lo que acaso haya una pérdida de la distancia que la ciudad –toda ella “una travesía”, como tú has escrito en *La ciudad a lo lejos*– les ofrecía. Finkelkraut se quejaba incluso de la incivilidad de quienes, físicamente al lado suyo, lo ignoraban y, por ejemplo, se ponían a hablar en voz alta, sin cuidarse de él, porque, ayudados por el aparato telefónico, no se ubicaban ya en el espacio público y permanecían, en el transporte público, en su espacio doméstico, al lado de los suyos.

**J-LN:** Es quizás en parte exacto, pero yo desconfío de todos modos de esa desconfianza tan extendida para con los aparatos, teléfonos, mp3, ordenadores, televisores. Pues esos son también, al mismo tiempo, otros modos de comunicación. Por el teléfono y el *smartphone* yo estoy en relación con personas con las que, en otro tiempo, perdía más fácilmente el contacto porque el correo era muy lento. Fíjate entre nosotros: tú estás en México desde hace varios años y conservamos un contacto que ciertamente se enriquece, se hace denso, se anima cuando nos vemos, pero que sin embargo posee, en la distancia, una realidad innegable. Eso significa que el llamado espacio “público” se ha agrandado, quizás desmesuradamente, de manera desproporcionada, es verdad –pues es muy posible que unos límites, unos horizontes, unas circunscripciones sean siempre necesarias–, pero al mismo tiempo esta desproporción es una invitación a inventarle un uso...

¿Qué puede querer decir la “mundialización” si ella es más, y otra cosa que una mera “globalización”, si hace signo hacia un “mundo”, es decir hacia una posibilidad de sentido?

Es cierto, lo repito, es necesario un límite, hacen falta los bordes de la abertura, hay que poder cerrar para poder abrir. A la casa le hace falta una puerta para que uno pueda abrírsele al visitante.

ratos electrónicos no aislaban a las personas, no las encerraban, a cada una, en ella misma, ¡al contrario, eran objeto de *partage*, y de conversación!

JCMR: Es del todo cierto que, sin las nuevas posibilidades tecnológicas de las que hablamos, esta conversación misma no sería posible, y que para alguien que trabaja, como yo, del otro lado del Atlántico y al sur del Río Bravo, sería impensable, sin el correo electrónico, esta comunicación constante, y para mí muy enriquecedora, que tú tienes la muy amistosa generosidad de mantener conmigo. El mundo que yo habito, con todo gusto lo confieso, es mucho más grande, más complejo y más cargado de posibilidades que el que yo creía, hace poco más de veinte años, cuando empecé a dar clases en la Universidad Autónoma de Querétaro, mi mundo definitivo (¡y aquella definitividad me asfixiaba!). Yo mismo estoy muy perplejo, entonces, por todas esas nuevas posibilidades tecnológicas de las que recibo los beneficios, y cuya misma rapidez me impide con frecuencia darme cuenta de todo el alcance que tienen, y de ser todo lo inventivo que haría falta para ponerse a la altura.

Pero querría de todos modos insistir, un momento todavía (pues todo *logos* reclama su *anti-logos*) en uno de los riesgos de los que habla Finkielkraut, y del que también podemos ocuparnos recurriendo a tu propia ontología: el de la posibilidad de encerrarse uno en sí mismo, o en sus personas cercanas, y el del carácter, si puedo decirlo así, de *pharmakon*, por ejemplo del teléfono móvil, el cual, según la observación de Finkielkraut, hace que algunos, al atravesar una ciudad, permanezcan sin embargo en sus casas. Es algo paradójico si pensamos, por ejemplo, que es de ese modo que algunos explican, e incluso critican, en los musulmanes, el “anacrónico” sentido del chador, al parecer concebido para proteger a las mujeres de la exterioridad de la calle en su “paso” de una casa a la otra.<sup>4</sup>

4 No se me ocurrió, estando en París y recorriéndolo más como peatón que como conductor, comentarle a Nancy lo de ciertas señoras mexicanas y sus grandes camionetas, las cuales se comportan, atraviesen por donde atraviesen (y provoquen los peligros que provoquen, sobre todo), como si en efecto nunca hubiesen salido de sus casas. El automóvil de una mujer, por otro lado, y no sólo la camioneta, es con frecuencia una especie de casa móvil, un chador tal vez...

**J-LN:** Seguramente, el sentido del chador está ligado a una cultura de la intimidad de la casa y de la pareja sexual, éste conlleva un sentido de lo secreto y de lo sagrado, el sentido de una reserva preciosa. Pero al mismo tiempo, nosotros estamos en un contexto en el que se borran la mayor parte de los puntos de referencia que acompañaban esa reserva –una civilización masculina en la que los hombres parten lejos para la guerra o el comercio, en la que los valores (las significaciones) son distribuidos de cierta manera entre los sexos, los roles sociales, en la que los afectos mismos están impregnados de todo ese simbolismo–. Esa desaparición no es un accidente lamentable –o bien hay que pensar que en la historia existen verdaderos accidentes, caídas que hay que reparar, después de las cuales es preciso restaurar un estado anterior–. Pero es tan vano pensar eso como pensar un progreso continuo. No hay sin duda ni progreso ni regresión posibles, en el fondo. Pero hay transformación, metamorfosis de la humanidad y de la naturaleza, del mundo: un mundo es en sí mismo a la vez sistema, estructura, y plasticidad, transformación [*bouleversement*].

JCMR: Y si las cosas han cambiado fuertemente desde los tiempos del chador, o desde los del velo que las mujeres portaban también hace muy poco tiempo en los países cristianos, al menos para ir a misa, ahora están cambiando una vez más, esta vez a causa de las nuevas posibilidades técnicas –y ciertamente eso no es, en sí mismo, lamentable–. Sin embargo, con frecuencia ese *panta rei* del que hoy dan testimonio tantas novedades tecnológicas y relacionales nos mueve a todos a mirar atrás, y eso se vuelve incluso, a veces, una fuente profunda de nostalgia, e incluso de desánimo. En lo que se refiere a la nostalgia, y por encima de “aquellas pequeñas cosas” evocadas por Joan Manuel Serrat en otra de sus muy bellas y conmovedoras canciones,<sup>5</sup> la peruana Chabuca Granda lamenta, en bellas y elegantes canciones como “La flor de la canela”, “Fina estampa” o “Amarraditos”, todas esas formas de ser –y de estar “en sociedad” digamos, y también en la ciudad, y en la calle– que no se

5 Cfr. la canción “Aquellas pequeñas cosas”, del álbum *Mediterráneo*, de 1971.

usan ya, en su época: “No se estila / ya sé que no se estila...”. Y en lo que se refiere al sentimiento que acabo de mal llamar desánimo –llamarlo “desesperación” sería acaso demasiado–, sin remontarme a las profundidades del *Eclesiastés*, permíteme recordar, de pasada, unos versos de Jorge Manrique, ese gran poeta español del siglo XV que, deteniéndose en ese sentimiento humano demasiado humano según el cual, puesto que nuestras formas de vida y nuestros mundos desaparecen –¡y con ellos nuestras propias vidas!–, a final de cuentas, tenemos con frecuencia la impresión de que “cualquiera tiempo pasado fue mejor”, de que cualquier otro tiempo fue mejor que el nuestro, que nos huye, que se nos va, o se nos escurre de las manos cual un puñado de arena.

En tu último libro, *L'Équivalence des catastrophes (Après Fukushima)* (2012: p.38), haces notar, de pasada, que más o menos todos los tiempos o todas las civilizaciones han lamentado “una edad de oro perdida”. Y mira, me acuerdo ahora de una canción francesa que subraya que “Tout fout le camp”:

<i>Nous sommes maîtres de la terre</i>	<i>Somos los amos de la tierra</i>
<i>Nous nous croyons de presque dieux.</i>	<i>Casi nos creemos unos dioses.</i>
<i>Et pahl, le nez dans la poussière,</i>	<i>¡Y zas!, la nariz en el polvo,</i>
<i>Qu'est-ce que nous sommes ?</i>	<i>¿Qué es lo que somos?</i>
<i>Des pouilleux.</i>	<i>Unos piojosos.</i>

Me alejo demasiado, acaso, de tu propia sensibilidad. Tú tienes una mirada muy abierta con respecto a todas esas transformaciones de nuestro mundo que muchos otros (el propio Heidegger, de quien tú subrayas la clarividencia) ven más bien amenazadoras, y creo que tú nos ayudas, con ello, a mejor situarnos en una época como la nuestra, llena de transformaciones tan perturbadoras (en el libro *Dans quels mondes nous vivons?* hablas, a propósito de los más recientes avances técnicos, “de nuevas condiciones sociales, sexuales, afectivas”) (Nancy y Barrau, 2011: p.82).

Nosotros vivimos cosas reputadas imposibles, o incluso inimaginables ayer; y al mismo tiempo los mundos para los que habíamos sido preparados ya no están ahí, y los viejos valores (se insiste

demasiado en las religiones, pero también se podría hablar de los mucho más viejos valores filosóficos, e incluso políticos de hace apenas unos cuantos decenios) parecen, como Don Quijote frente a la indiferencia de los molinos de viento, ridículamente anacrónicos. Pero nuestra época no es ciertamente la única que ha visto vacilar todos sus *repères* o puntos de referencia.

Si el Internet no me engaña, la letra de la canción que acabo de evocar es de 1939. He ahí unos tiempos bastantes sombríos en los que “se les ponían colores a las camisas”, y en los que las banderas se levantaban las unas contra las otras, mientras que se lanzaban incluso, como hizo el general franquista José Millán-Astray el 12 de octubre de 1936, en la Universidad de Salamanca –¡aunque no sin la muy valiente y muy quijotesca respuesta que el rector Miguel de Unamuno le dio entonces!–, unos muy paradójicos vivas a la muerte. “¡Vencen, pero no convencen!”, les respondió entonces Unamuno: “la fuerza no tiene la última palabra” (Rabaté, 2009: pp.681 ss.).

La canción de Raymond Asso no está lejos de ese distanciamiento esencial. El refrán es ciertamente un poco sombrío:

*Et là-haut, les oiseaux*

*qui nous voient tous petits, si petits*

*tourment, tourment sur nous.*

*Y allá arriba, los pájaros*

*Que nos ven pequeños, tan pequeños*

*Dan vueltas y vueltas por encima de*

*nosotros.*

Pero ese cielo tan gris, y tan pesado, no permanece cerrado:

*La vie pourrait être si belle*

*si l'on voulait vivre d'abord.*

*Pourquoi se creuser la cervelle*

*quand il y a du bon soleil dehors!*

*La vida podría ser tan bella*

*Si ante todo quisiésemos vivir.*

*¡Por qué quebrarse la cabeza*

*cuando allá afuera hay un hermoso sol!*

O en la versión de Edith Piaf, que nos remite a la bella de Serrat:

*Et pourtant les filles sont belles*

*et il y a du beau soleil dehors*

*Y sin embargo las mujeres son hermosas*

*y afuera está brillando el sol.*

**J-LN:** Sí, es verdad, hay con frecuencia, si no casi siempre, un contraste conmovedor entre la tristeza o la tragedia que nos oprime y un mundo exterior –humano, animal, vegetal, mineral– que prosigue su marcha, que pasa al alcance de nuestras manos sin que podamos gozar de él. La canción prosigue diciendo “*il faut vivre après tout...*” [“después de todo hay que vivir...”]. A veces uno ya no puede vivir. Y sin embargo, las más de las veces, la vida continúa –*La vie continue* es el título, en francés, de una película muy bella de Kiarostami de posterior al gran terremoto de Irán [*Y la vida continúa*, 1991]–. Esta contradicción sin resolución es desgarradora, pero esta desgarradura es también eso mismo de lo que nosotros vivimos: pues “vivir” no es proseguir una trayectoria de inercia. Es estar en tensión, es un deseo, es un hambre, como lo dice Juan Manuel Garrido en su libro reciente *On Time, Being & Hunger* (2012).

JCMR: Y, me atrevo a decirlo, es también y sobre todo hambre del otro...<sup>6</sup> Lo que me permite volver a las inminencias de relación de las que hablábamos antes, y al transporte público e, incluso, por ejemplo, a esas personas que uno cruza en la calle y que hablan por teléfono con “las manos libres”, dándonos de repente la impresión de que se dirigen a nosotros y, un instante después –por el hecho de que permanecen extrañamente cerradas cuando aparentemente acaban de abrir el diálogo–, que son unos locos que están hablando solos.

**J-LN:** Pero hay otra respuesta: ni se dirigen a nosotros, ni están locos, sino que se dirigen a otros –a amigos, compañeros de trabajo, padres, hijos, amantes, esposos, cómplices, incluso a adversarios, a rivales, a enemigos...

JCMR: Y luego están los “verdaderos locos”...

<sup>6</sup> No era el momento para hablarle, a Nancy, de mi propio libro *Hambre de Dios*, que ahora mismo está en proceso de edición, en Fontamara.

**J-LN:** Y esos hablan solos a veces, es verdad –pero al hablar, ellos manifiestan aún la apertura de quien se dirige a otra persona, en este caso imaginaria, fantasmática, pero otra...–. Y el otro, los otros, ¿no están mezclados siempre de imaginario, de fantasía, de irrealdad, lo mismo que el “mismo”, el “yo”?

JCMR: Es verdad. E incluso veo surgir, en mi imaginación que es algo especulativa, el espectro del solipsismo, o de una especie de genio maligno que me insinúa la duda de si todo diálogo no es en el fondo otra cosa que un malentendido. Y uno puede preguntarse, en efecto si, por ejemplo, existe un verdadero diálogo filosófico. ¿Aristóteles de verdad comprendió, e incluso refutó a Platón? ¿Su Platón no era, en gran parte, imaginario? Leibniz, si no, ¿qué hizo con Spinoza, o con Descartes? A. J. Ayer confiesa muy ingenuamente que, en Inglaterra, nadie comprendía al Wittgenstein del *Tractatus*, y, entretanto, en el continente, después de Hegel, Heidegger no era, y no es todavía reputado por ser fácil de comprender...

**J-LN:** ¡Pero el diálogo no es, para nada, forzosamente la comprensión mutua! Eso es más bien la conversación. El diálogo es el reparto de una misma tensión del *logos*, de una misma lógica de lo verdadero, del sentido, de lo absoluto o de lo infinito, que no es “misma” sino en la medida en la que es, cada vez, relanzada desde un nuevo punto de lanzamiento. Cada punto es absolutamente diferente de los otros, sin lo cual no habría nada nuevo por hacer. Pero cada vez hay, por el contrario, una historia, un contexto, una cultura, unos saberes, unas prácticas y en fin un pensamiento, un punto singular, un *tour de pensé* como decimos en francés que relanza todo, absolutamente todo –el bien, el mal, el sujeto, el objeto, la razón, la sinrazón...

JCMR: Tienes mucha razón, pero también es cierto que la tensión puede a veces no ser auténtica, o al menos puede no ser percibida como tal. Alfredo Troncoso insiste en el hecho de que Platón se hizo sus propios sofistas, para mejor vencerlos, y es verdad que a veces leemos los diálogos de Platón creyendo demasiado en la dialéctica,

y en el triunfo de la “razón”, olvidando la pluralidad de voces –*los partage de voix*, como dirías tú– que los componen (los *Diálogos* de Platón), y que hacen de ellos esas poderosas máquinas filosóficas que diría Pierre Hadot.

**J-LN:** Ciertamente Platón no es el “triunfo de la razón”, él es su inquietud, su ardor, su locura, ¡su eros!

JCMR: El *Banquete* de Platón habla, por otro lado –bajo la máscara de Aristófanes–, de esos otros “locos” de los que es posible sospechar que están encerrados en el equívoco de sus propios monólogos (“el beso, a pesar de todo –escribes en *La communauté désœuvrée* (1986: p.91), a propósito de los “amantes de Bataille”–, no es la palabra”): los “amantes fusionales”, esos seres dobles y completos que con frecuencia carecen, digamos, de una buena distancia del uno al otro, y de un deseo si no, de un hambre de otra cosa que de ellos mismos. Pero, por supuesto, los “amantes” no son los únicos. También están las “masas fusionales”.

**J-LN:** La “fusión” designa siempre una denegación o un abandono –por miedo, por precipitación...– del espaciamiento, de la distancia que implica el reparto del sentido. Si nos fusionamos ya no compartimos: abolimos la posibilidad del sentido.

JCMR: Pero me recuerdas también un comentario del *Quijote* que leí hace algunos años, en la biblioteca de Acatlán (donde estudiaba mi licenciatura), en el que el autor hablaba de la “soledad de Cervantes”. Unamuno ha puesto de relieve, en su *Vida de Don Quijote y Sancho*, la timidez de Don Quijote quien, en una postura opuesta a la de Don Juan Tenorio, no se atreve siquiera a aproximarse a su amada. Pero el comentarista del que me acuerdo ahora (y del que ni siquiera he olvidado el nombre, pues ni siquiera lo leí, al simplemente hojear el libro), habla de la soledad del propio Cervantes. ¿Estaba solo, ese gran escritor que llevaba en él –como Tolstoi o Dostoievski, como Nikos Kazantzakis, como Mariano Azuela, como Juan Rulfo o como Marcel Proust– nada menos que todo un mundo?

En Miguel de Cervantes, como en Víctor Hugo, existe por lo demás toda una reflexión en torno al libro –esa tan extraña y poderosa innovación tecnológica que perdura a través de los siglos– a la que habría que volver, como a la de Platón sobre la que Derrida ha arrojado la luz que sabemos.

**J-LN:** Cervantes no está solo porque él es el hombre de ese libro (y de algunos otros). Y ese libro es la historia de un hombre que es abiertamente un héroe libresco. Por lo demás, ¡él da un día con el libro en el que su propia historia está escrita! Yo pienso que el libro –desde que éste existe, es decir incluso en la Antigüedad– pero de manera remarcable cuando se vuelve libro impreso, empastado o encuadernado y publicado, vendido, difundido –el libro es en cierto modo la forma de nuestra existencia: un sentido consignado hasta una última página en la que éste se detiene no porque esté completo–, sino porque se debe cerrar ahí, para tomar un lugar al lado de todos los demás libros, de los cuales ninguno contiene el sentido de todos los demás. Tú recuerdas a Borges y su *Biblioteca de Babel*...

JCMR: Sobre el libro y su alejamiento infinito constitutivo (su abertura y su cierre o “clausura”, e incluso su “ilisibilidad”, sobre “lo que permanece cerrado en la abertura del libro”, tú has escrito un libro muy bello: *Le commerce des pensées* (2005: p.41).

**J-LN:** Fue para festejar los 20 años de una librería que escribí eso. Lo que me gustaba ahí era la idea de que el “comercio” es una actividad de comunicación, de conmensurabilidad –pero no solamente por el dinero que es conmensurabilidad simple, también por la inconmensurabilidad de los pensamientos y de las imaginaciones–. Se habla también de “comercio sexual”, al menos antes se hablaba de eso en un sentido del todo distinto al de la prostitución: no en el sentido en el que uno le vende placer al otro, sino en el sentido en el que dos “van juntos”, como también se dice...

JCMR: Me viene a la mente la imagen de aquella estupenda librería, *Quai des brumes*, situada frente al III, en uno de los más bellos

rincones de la ciudad medieval de Estrasburgo. En ella pude asistir, en el 2003, a la presentación de *Noli me tangere* (Nancy, 2008), que en mi opinión es uno de tus libros más bellos. Quedamos remitidos, tus lectores hispanoamericanos, y yo con ellos, a tus reflexiones sobre el libro, y a tu experiencia vital, y a nuestras propias experiencias con esos tan portentosos objetos cuya lectura es, como también [como tan bien] dices, “interminable” (Nancy, 2005: p.32). Pero por supuesto, entre los hombres, sus soledades, y los puentes que deben tratar siempre de atravesar, creativos, hacia el otro, hay muchas otras invenciones. Mucho antes del teléfono móvil, y en el otro sentido de esa experiencia del metro y de todos esos aparatos electrónicos de los que venimos hablando, y de las personas que en virtud de ellos permanecen conectadas a sus familiares pues, incluso al atravesar la ciudad, Julio Cortázar escribió, creo que aquí mismo en París, “La autopista del sur”, ese cuento en el que hay un enorme, y muy muy largo, embotellamiento que dura varios días y hace, entre todos esos viajeros hasta entonces casi perfectamente aislados los unos de los otros (y átomos entonces, absurdamente lanzados en una fuga en paralelo), un verdadero clinamen, y relaciones de cooperación y de solidaridad, para comenzar (desde el momento en que debieron organizarse para ir a buscar qué beber y qué comer en los alrededores de la autopista), y luego de amistad, y si no recuerdo mal incluso unos inicios de relación amorosa, hasta el momento en el que el embotellamiento se despeja y todas esas relaciones humanas se disuelven en la velocidad de la circulación reestablecida.

**J-LN:** No he leído ese libro de Cortázar, ¡lo que tú cuentas de él me seduce mucho!

JCMR: Son unos textos que hay que leer, o releer a la luz de tus propios análisis, creo. Al igual que las canciones de Serrat de la que acabamos de hablar. O como la canción “*L’histoire d’un amour*” de la que te ocupaste otrora en *France-Culture*, subrayando, si no recuerdo mal, la idea del ciclo, o de las historias que se repiten, “*avec l’heure où l’on s’enlace / celle où l’on se dit adieu*” [con la hora en la que uno se

enlaza / y la hora en la que uno se dice adiós], en *“la seule chanson du monde / qui ne finirá jamais”* [la única canción del mundo que no terminará nunca]. De lo que no me acuerdo es si te dije entonces que, en mi opinión, la versión original de “Historia de un amor” me parece mucho más cercana a los motivos de tu pensamiento. Si en la versión francesa es cuestión de *“un roman comme tant d’autres”* [una novela como tantas otras], en español es la historia de un amor totalmente singular, único. Es lo que subraya el refrán:

*Es la historia de un amor  
como no hay otro igual  
que me hizo comprender  
todo el bien todo el mal*

*que le dio luz a mi vida  
apagándola después  
¡Ay qué vida tan oscura,  
sin tu amor no viviré!*

Es la historia, entonces, de un amor “sin equivalente”, como tú acaso dirías, y que ha dado sentido a una vida e incluso luz, aunque para apagarla después, con su partida, y sin el cual amor –para el autor de la canción, o para la voz que canta, o para todos aquellos que se miran en ese espejo– la vida ya no es vida. De donde la queja con la que comienza la canción:

*Ya no estás más a mi lado corazón  
en alma sólo tengo soledad  
y si ya no puedo verte  
¿por qué Dios me hizo quererte  
para hacerme sufrir más?*

A nuestros lectores de lengua española les ahorro la imposible traducción francesa de estos versos, subrayando, al mismo tiempo, su pertinencia para el tema del alejamiento infinito del que tratamos en esta conversación, y en la serie toda de la que forma parte.

En el tiempo de la canción, pues, ella ya no está ahí. Está demasiado lejos entonces (quizás más lejos que la bella de Serrat). Si nuestros lectores consultan, en la versión original de esta conversación, mis fallidos esfuerzos por pasar estos versos al francés, comprenderán acaso por qué, no obstante la cercanía de nuestras dos lenguas, los autores de la versión francesa de “Historia de un amor” la reescribieron en vez de traducirla. Pero insisto: si la versión francesa es muy interesante para un pensamiento, y para una sensibilidad como los tuyos, el original no lo es menos. Creo que vale la pena llamar tu atención, sobre todo en relación a los siguientes versos:

*Siempre fuiste la razón de mi existir  
adorarte para mí fue religión*

¿Qué piensas tú de ese lenguaje?

**J-LN:** Lo que yo encuentro impresionante en esa canción es que ella es a la vez la historia de un amor único desaparecido y la historia de todos los amores que no dejarán nunca de producirse de nuevo, aunque siempre vuelvan a desaparecer. Comprendo que los últimos versos que citas están ahí para recordarme la “adoración” de la que he hecho el título de mi segundo libro de *Deconstrucción del cristianismo* (Nancy, 2005b). Sí, “adorar” es una palabra en la que el fervor de la fe y el del amor se encuentran, se cruzan o se confunden. Y la “religión” en el sentido de la canción es lo contrario de la religión como sistema de certezas, de seguridad –de “salvación”– y de observancia ritualista. “Religión” quiere decir aquí: “fe”, es decir confianza infinita en el otro, en la diferencia absoluta del otro y en lo que en consecuencia me mantiene siempre a una distancia infinita de él –o de ella–, al mismo tiempo que estamos juntos.

Esa distancia del otro, es la que vuelve al amor forzosamente tan frágil, y al mismo tiempo tan ardiente.

JCMR: Y es quizás de esa manera que el cristianismo es vivido por místicos como santa Teresa de Ávila, san Juan de la Cruz o Meister Eckhart. Pero, como el *Cantar de los cantares* mostraba ya (a

despecho de los problemas que tuvo Fray Luis de León, cuando lo tradujo al castellano), el amor humano no carece de relación con el amor divino.

Y ya que estamos nuevamente en eso, me gustaría citarte una última canción, a propósito de este asunto, tan importante, de las distancias en las relaciones. Es una canción mexicana muy popular, de amor una vez más, y tan mexicana que se la tiene que cantar con mariachis, pero cuyos versos –los que voy a citar– le vienen de un poema del poeta español Antonio Machado:

*Ni contigo ni sin ti*

*Tienen mis males remedio*

*Contigo porque me matas*

*Y sin ti porque me muero*

**J-LN:** Sí. Hay una imposibilidad radical del “nosotros” como persona única, y una amenaza consubstancial a todo estar-juntos. Una ambivalencia extrema, de entrada y siempre extrema: el uno excluye al otro y el uno incluye al otro. O bien: excluir es incluir absolutamente, incluir es excluir absolutamente. Pero lo peor es que el uno o el otro, cada uno, cada una, no tiene ninguna autonomía, ninguna autosuficiencia. El juego terrible del “sin ti/contigo” es constitutivo del “yo/tú”. Pero si no hubiese esa formidable palpitación, esa oscilación radical, no habría relación –y si no hubiese relación no habría más que yuxtaposición...

La yuxtaposición, es el valor “categorial” del “con” –para comprender los términos de Heidegger, quien distingue ese valor de un valor “existencial”, es decir aquel según el cual el “con” (el *mit* de *Mitdasein*) es constitutivo de la existencia–. Ese valor existencial es también el de la relación: éste no se agrega a la simple posición de entes distintos, sino que está presente en el acto de existir de varios existentes. Digamos eso de manera concreta: yo tengo delante de mí varios objetos, una computadora, un reloj, un vaso de agua, un teléfono. Estos están los unos con los otros por simple agregado contingente a la presencia de cada uno, que lo mismo podría estar en otra parte, detrás de mí, en la otra pieza, perdido en

un tren, qué se yo. En cambio, cuando en este momento te escribo, entrando en la relación que tú has propuesto para este diálogo, yo pongo en juego una de las muy numerosas posibilidades abiertas por el hecho de que tú y yo, porque existimos como seres parlantes, estamos de entrada en juego el uno para el otro (incluso si no nos conociéramos, eso estaría virtualmente, tendencialmente abierto).

Habría que agregar aquí otra consideración: la de la relación que se encuentra también puesta en juego entre los entes no parlantes y entre éstos y los parlantes. Pero es mejor no precipitarlo todo a la vez...

JCMR: Lo bello es difícil, Platón lo subrayaba. El otro puede sofocarnos (y también explotarnos, engañarnos, matarnos...), y sin el otro nos falta, muy justamente, ese horizonte, o ese "alejamiento infinito" que nos hace vivir. "Déjame en paz, amor tirano, déjame en paz", escribía Góngora en un muy bello poema transformado en canción por Paco Ibáñez; y en su controvertida novela, *La última tentación de Cristo*, Nikos Kazantzakis imagina al propio Hijo del Hombre hartado por la interpelación de Dios, que lo empuja a dejar su terruño, como a Abraham, mientras que él –el Aquiles/Cristo imaginado por Kazantzakis– preferiría seguir siendo un simple carpintero. La verdadera relación no es una simple y fácil yuxtaposición, pues. Y entre el "ni contigo ni sin ti" y el "contigo" hay camino por andar, en primer lugar en uno mismo. El Génesis hablaría, aquí, para todos nosotros (y no solamente para la mujer) de dolores de parto: "parirás con dolor". Y el pensador judío alsaciano André Neher subrayaría hasta qué punto ha sido difícil, en el Génesis mismo, entre Adán y Abraham, abrir al hombre a la palabra, al diálogo con otros hombres y con Dios.

**J-LN:** Sí, como tú dices, "hay camino por andar, en primer lugar en uno mismo". Pero eso quiere decir también "con uno mismo", eso implica una distancia también en "mí" de "mí" a "mí". No hay diálogo con los otros sin diálogo con el otro "en" sí –e incluso este "en" sí es siempre de hecho un "afuera" de "mí" en "mí".

El “yo” es odioso, decía Pascal, pero él es en primer lugar, más pobremente, demasiado simple y demasiado pobre: la idea del “yo” autosuficiente, del “yo” que tiene su propiedad privada y su intimidad, es la representación más paralizante. Por supuesto “yo” soy “yo” –aparte de todo otro “yo” y “él” y “tú”–. Pero no lo soy sino en la medida en la que estoy en la relación, en la exposición a los otros y en la sorpresa por los otros –los otros humanos, los otros animales, vegetales, minerales...

JCMR: Unamuno escribía, en “El individualismo español” (un ensayo de 1902, inspirado por el libro de 1901 *The Spanish people: their origin, growth and influence*, del inglés Martin A. S. Hume), que había esa diferencia entre la “persona” propiamente dicha y el puro “individuo”: que si el individuo era en cierto modo el continente, la persona era el contenido, y que de esa manera –e incluso si ésta no era la regla–, era incluso posible tener, con una individualidad muy grande, una muy pobre personalidad, como en el caso de un “integrista”.

La individualidad –escribe Unamuno– dice más bien respecto a nuestros límites hacia afuera, presenta nuestra finitud; la personalidad se refiere principalmente a nuestros límites, o mejor no límites, hacia adentro, presenta nuestra infinitud (Unamuno, 1951: p.443).

**J-L N:** Sí, puedo reconocer perfectamente eso que dice Unamuno. Sólo que la palabra “individuo” como que se endureció en un sentido de aislamiento y de lucha de todos contra todos, mientras que la de “persona” se perdió un poco en el éter de las almas bellas (“los derechos o el valor de la persona humana”... he ahí un lenguaje para profesionales de la ética...). Queda por encontrar una manera de captar esa realidad singular que es –en efecto– la de la finitud en acto y como tal abriendo un infinito él también en acto. Ahí, aquí, ahora, éste o ésta, exactamente tal y como él/ella es, existe, lo absoluto que él/ella es en el sentido más poderoso de ese verbo.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- RABATÉ, Colette y Jean-Claude Rabaté. 2009. *Miguel de Unamuno. Biografía*. Madrid, Taurus.
- GARRIDO, Juan Manuel. 2012. *On Time, Being and Hunger. Challenging the Traditional Way of Thinking Life*. New York. Fordham University Press.
- NANCY, Jean-Luc. 1986. *La communauté désœuvrée*. Paris, Christian Bourgeois.
- NANCY, Jean-Luc. 2005. *Le commerce des pensées*. Paris, Galilée.
- NANCY, Jean-Luc. 2005b. *Déconstruction du christianisme*. Paris, Galilée.
- NANCY, Jean-Luc. 2008. *Noli me tangere. On the Raising of the Body*. New York, Fordham University Press.
- NANCY, Jean-Luc. 2012. *L'Équivalence des catastrophes (Après Fukushima)*. Paris, Galilée.
- NANCY, Jean-Luc y Aurélien Barrau. 2011. *Dans quels mondes vivons-nous?* Paris, Galilée.
- UNAMUNO, Miguel. 1951. *Ensayos I*. Madrid, Aguilar. Edición de Bernardo G. de Candaño.